

# El juglar del periodismo

## JORGE BRAVO

En nuestros días sólo puede decirse que  
prosperan la farsa y el ballet.  
Friedrich Nietzsche

¿Es realmente Brozo un “fenómeno” como se ha dicho? Su más reciente triunfo consistió en transmitir el video donde aparece René Bejarano recibiendo dinero del empresario Carlos Ahumada. El diputado local cayó en el garlito: con la frente perlada por el sudor, trémulo y sin poder dar crédito a semejante desprestigio público, se comprometió a solicitar licencia a la Asamblea Legislativa del Distrito Federal ante un Brozo increpante, agresivo, indignado, sumamente inquieto, capaz de señalar con el dedo acusador, dictar sentencia y destruir una de las carreras políticas más prometedoras: “si desea atraer la atención del público, sea violento”.

Pero así es Brozo, quien ha hecho del histrionismo su carta de presentación. Incurrió en el periodismo con un éxito inusitado. Hoy en día se le considera un



Margret Kohler-H

líder de opinión, no sólo por quienes lo siguen diariamente a través del “noticiario” El Mañanero, también por la élite política, cuyos integrantes no dudan en dejarse entrevistar por “el payaso tenebroso”.

Víctor Trujillo inició su carrera como comediante en la televisión estatal al lado de Ausencio Cruz. En su rol de periodista encarna el personaje de Brozo: un payaso desaliñado de verde cabellera; irreverente, antiolemne, alburero: su tarea consiste –dice Brozo– en provocar una sensación más que una carcajada. Ha transitado por Televisión Azteca, Canal 40, actualmente Televisa y varias estaciones de radio. Precisamente El Mañanero surgió en Radio ACIR al inicio del sexenio de Ernesto Zedillo, una vez alejado del autoritarismo salinista.

¿Pero cuál es la función de Brozo? ¿A qué se dedica? ¿A quién sirve? Víctor Trujillo pertenece al reducido y selecto grupo de periodistas-empresarios (José Gutiérrez Vivó, Ricardo Rocha...) quienes venden sus producciones al medio de comunicación que desee adquirirlas. Ello lo ubica del lado de la irremediable lógica del mercado.

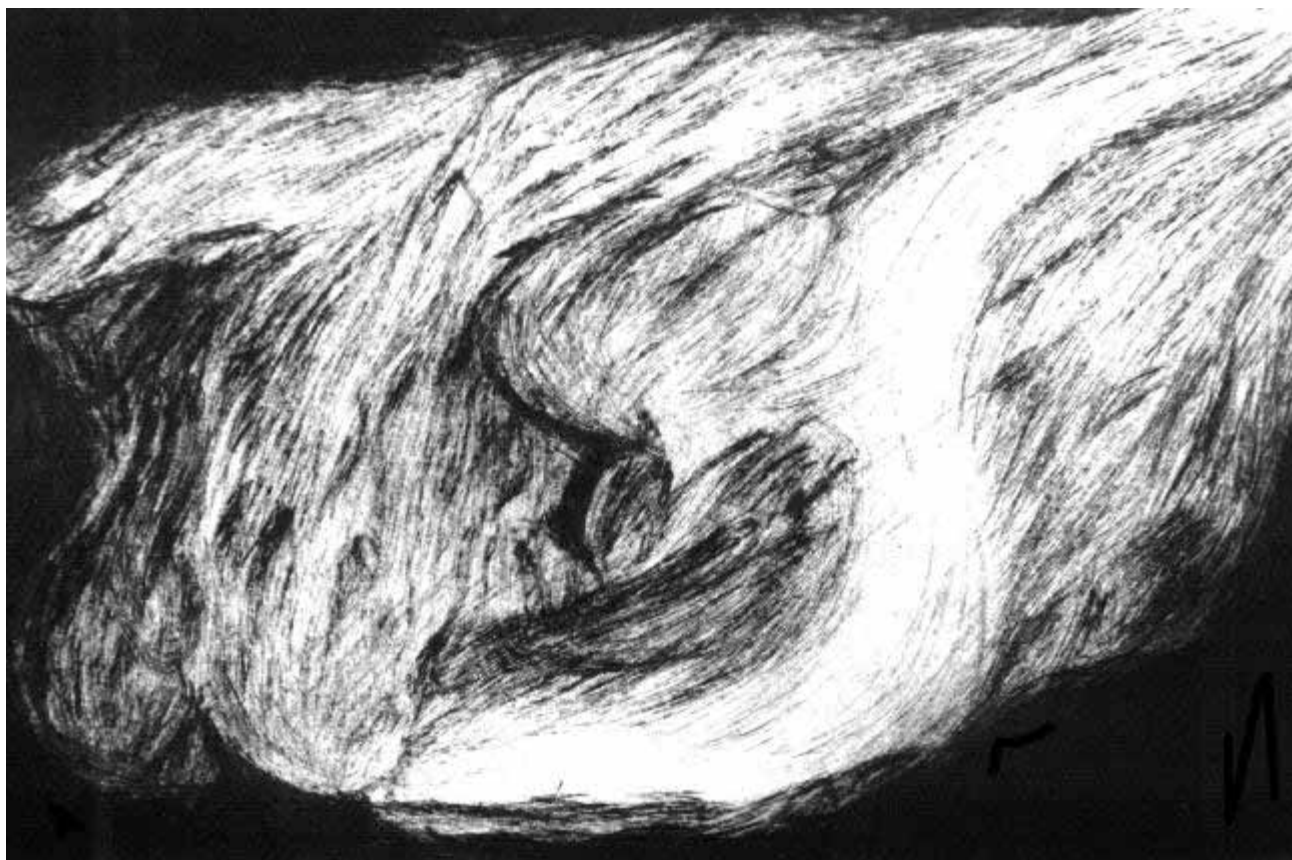
Pero aún más importante es saber que Víctor Trujillo representa un papel escénico. La forma como Brozo se desenvuelve ante los micrófonos y las cámaras hace creer al público que se halla en el límite de la censura: se indigna, se enoja, regaña, denuncia y juzga; es retador, goza de gran credibilidad y es próximo a las masas. El supuesto género más serio de los mass media electrónicos –el informativo– es trastocado por el estilo “periodístico” de Brozo. “Un payaso tiene que decir lo que otros periodistas callan”, asegura. En El Mañanero –reconoce– “le damos prioridad a lo que creemos que es importante explicar, más que a las grandes noticias”. En dicho programa “podemos darnos el lujo de preguntarnos cosas sin tener respuesta... Brozo no tiene la obligación de contestar todo, porque es vulnerable y antiolemne”. Y concluye: “Yo no corro riesgos porque no tengo pretensión periodística ni de poder. Mi pretensión

sólo es jugar, por eso estoy disfrazado de payaso. Yo al público no le voy a decir la verdad de la vida, sólo busco explicar lo que nadie (más) explica.”

Las representaciones de Brozo pertenecen a un género teatral: la farsa, y como tal hay que asumirlas. O como dijo Pirandello: “ma non è una cosa seria”. \*Imaginar que un payaso cumple –cabalmente– funciones periodísticas es negar los límites de la realidad y la ficción, intentar impedir que el telón caiga o suponer que los actores no se despojan de sus personajes más allá del escenario. En el teatro el vagabundo siempre logra atraerse la simpatía de los espectadores: eso precisamente pretende y consigue Brozo, porque un comediante es un ser humano imperiosamente necesitado de aplausos, de rating. Su misión consiste en captar y mantener la atención del público: eso se logra cuando los espectadores ríen.

La farsa busca hacer agradable lo que en esencia es desagradable y agresivo; y la farsa no puede subsistir sin cierto porcentaje de violencia implícita. El Mañanero (aunque no exclusivamente) rompe con la tradición de hechos dramáticos expuestos en los periódicos o en los noticiarios: bad news are good news. Además, la farsa se sirve de los acontecimientos y personajes en apariencia más ordinarios y anodinos de la vida cotidiana, pero siempre buscando su desenmascaramiento sistemático: conmocionar y hacer trizas las apariencias, rasgar las vestiduras. En la farsa se goza del placer de golpear al enemigo impunemente, sin ser correspondidos.

El ejecutante de una farsa, el farsista o farsante, es un comediante por antonomasia, un hereje y un victimario; subsiste gracias a su malicia innata. Se ayuda de un “patiño”: el pícaro y su tonto acompañante, a quien incluso puede humillar, como de hecho sucede con Brozo y sus tres “patiños” en El Mañanero. Pero su vocación no posee ningún sentido de justicia ni de realidad. “Tanto los personajes como la acción de una farsa –dice Dryden, crítico de teatro– son completamente artificio-



Carlos García Estrada

sos, y sus actitudes son falsas.” Así pues, todo en la farsa es actuación, representación: es la quintaesencia del teatro. De acuerdo con Meyerhold, “La ideal del arte del actor, que se basa en el culto de la máscara, del gesto y de los movimientos, está indisolublemente ligada al concepto de la farsa.” Víctor Trujillo inició como actor y Brozo es un personaje que hace la farsa del ejercicio periodístico en México, lo cual –en última instancia– resulta preocupante. Por ello Brozo es el juglar, el bufón de periodismo; último estadio de esta profesión.

Personajes como Brozo y su programa *El Mañanero* (así como Jorge Garralda en *A quien corresponda*) cumplen en la sociedad una función política de catarsis (uno o varios desvíos de atención), propia del género teatral que hemos descrito. Freud ya había advertido la capacidad catártica, de alivio y desahogo de los chistes; asimismo la idea del arte como evasión. La desbocada

actuación de Víctor Trujillo es un mecanismo de control que concede al teleespectador o radioescucha la posibilidad de una venganza colectiva simbólica (sin mayor “remordimiento”, pues se ejerce indirectamente), de una catarsis social para evadir las tensiones y los problemas cotidianos y desahogarse ante la dura realidad, pero sin alterar en lo más mínimo el orden establecido. “La farsa ofrece –asegura Eric Bentley– la oportunidad de fugar de la vida, de aligerar las presiones del día, de retornar a la irresponsabilidad de la niñez.”

El periodista-farsista denuncia los vicios, los comportamientos reprobables y las conductas indignas; pugna –a su vez– por la regeneración social y de quienes ostentan el poder. La “solución” de los problemas se plantea moral y no políticamente. La institución del comediante justifica su existencia en función de la sátira y conservación –en última instancia– de las estructuras



Javier Anzures

imperantes. El cómico político hizo su aparición con Aristófanes; sus personajes criticaron el régimen democrático, responsable de la corrupción y la precariedad desatadas por el Estado en tiempos de la guerra del Peloponeso, algo similar a lo que ocurre en nuestros días.

El programa conducido por Brozo se inscribe dentro del cada vez más constante proceso de espectacularización de la información, aquello que Guy Debord ha denominado “la sociedad de espectáculo”: “El espectáculo no es un conjunto de imágenes sino una relación social entre las personas mediatizada por las imágenes.” Los acontecimientos noticiosos se presentan en forma de entretenimiento o diversión, en suma, amenos. Esto ocasiona un efecto “repelente”, un distanciamiento respecto de la realidad o de politización regresiva. Así pues, El Mañanero es un programa de entretenimiento matutino disfrazado con formato de espacio informativo, cuya función política consiste en descargar las tensiones sociales en tiempos de crisis económica, política y social.

La comicidad de Víctor Trujillo no es lo criticable; en el periodismo existe la caricatura, y desde tiempos remo-

tos el humor ha servido no sólo para encogerse de hombros y acomodarse a las cosas tal como son (como pretende Brozo y la élite política encumbrada en el poder), también para socializar mensajes de la mayor trascendencia y seriedad. Pero sería útil que la colectividad se enterara de que Brozo no tiene ninguna “pretensión periodística”, que le da prioridad a lo que él cree tiene importancia y busca “provocar sensaciones” en lugar de reacciones racionales y posibles alternativas de solución.

Víctor Trujillo es una persona perfectamente informada del acontecer nacional e internacional, pero no comunica lo que sabe y la sociedad –evidentemente– ignora. Como él mismo ha reconocido: “Hay mucha gente de la cual recibo amables asesorías... y eso es bueno porque hay oportunidad de leer información”, refiriéndose a ciertos datos que le proporcionan off the record diversos personajes de la política mexicana. Es tiempo de que Brozo comparta con el público algunas de esas amables asesorías y le permita leer con propios ojos la información que es de su interés. Órale chamaco.

\* “Pero no lo decía en serio.”